

EL PPD Y EL DESAFIO DE SER PROGRESISTA EN EL CHILE DE HOY

Víctor Barrauto
y Benjamin Artaud.

La **identidad** de un actor político (es decir, lo que lo hace reconocible como el mismo en el tiempo y diferente a otros) no es algo fijo e inmutable: es lo que está permanentemente en juego entre la **autorrepresentación** que el actor tiene de sí mismo y la **imagen** que de él tiene un público determinado (por ejemplo, la opinión pública en general). A continuación analizaremos, en el caso del PPD, uno de los polos donde se juega su identidad en tanto agrupación política: la autorrepresentación (también podríamos decir, usando el lenguaje antiguo, la "ideología") que el PPD tiene de sí mismo. Ello nos aportará un esquema interpretativo capaz de potenciar la respuesta a los desafíos de relación y de **comunicación** que el PPD tiene con su electorado y con el conjunto de la sociedad chilena en la hora actual.

1. Progresismo / Conservadurismo.

El autorreconocimiento de **ser progresista** es, sin duda alguna, el rasgo predominante y más recurrente en la ideología o autoimagen del PPD (como lo testimonia la nueva declaración de principios así como innumerables planteamientos de los distintos dirigentes partidarios). Implícitamente, esto significa postular o apostar a que el conflicto dominante en la política chilena se sitúa de manera creciente en un campo de oposiciones en el cual al menos uno de los polos es o sería el "progresismo". Ahora bien, a nivel de sentido común pero también en la retórica explícita de dirigentes del PPD, ser progresista es afirmado en contraposición a ser conservador; cuando se alude a la existencia del "mundo progresista" se reconoce implícitamente, al mismo tiempo, la existencia de un "mundo conservador" (al decir "progresismo" se está co-constituyendo al "conservadurismo").

2. Los debates político-culturales como ámbito privilegiado de la oposición progresista / conservador.

¿Existe un ámbito de acción en que la oposición progresista / conservador sirva actualmente como eje diferenciador, a nivel de la opinión pública o del sentido común? Aunque carecemos de un estudio de opinión ad-hoc, podemos postular que es en el ámbito de la "cultura", particularmente cuando ésta se liga a cuestiones de debate ético o moral, donde la oposición progresismo / conservadurismo es actualmente reconocida como relevante por el sentido común (a tal punto que, paradigmáticamente, es en los debates al interior de la iglesia

católica donde la oposición entre "conservadores" y "progresistas" es la más habitual y pertinente para identificar y diferenciar a sus líderes de opinión y de decisión internos - (los obispos, en particular).

Complementariamente, hemos de reconocer que en otros ámbitos de acción, siempre a nivel de sentido común, la oposición progresista/conservador no es aún la polaridad públicamente predominante.

3. La fisura "político-cultural" como la fisura dominante del sistema político chileno en período que se abre.

Dado que (a) afirmar ser progresista es reconocerse en la oposición progresista/conservador y que (b) dicha oposición es hoy pública y predominantemente pertinente en el ámbito de los debates político-culturales, hacer del progresismo el rasgo principal de identidad del PPD en tanto actor político significa al mismo tiempo afirmar que la fisura o clivaje político más importante en el Chile emergente es el que se ha de dar en el terreno de lo político-cultural. (Por "fisura" o "clivaje" entiéndase: eje que organiza el conflicto político, que diferencia y constituye a los actores-antagonistas).

En la historia de Chile es posible reconocer someramente al menos tres grandes fisuras que organizaron las grandes oposiciones en el sistema político: la fisura clerical/anticlerical en la segunda mitad del siglo XIX; la fisura de clases -con su variante campesina- hasta el año 1973; la fisura democracia/dictadura, en las décadas del 70 y el 80... Apostar a que actualmente estamos frente a la emergencia de la fisura político-cultural progresista/conservador, como fisura principal del sistema político significa antes que nada que **lo que marca sobretodo la diferencia en la política actual es la ubicación de los actores en el conflicto político-cultural;** que este conflicto comanda los otros.

Los otros conflictos (de clases y democracia/autoritarismo, en particular) no desaparecen, pero es el conflicto político-cultural el que pasa primer plano y, sobre todo, el que marca mayormente diferencias. Ahora bien, marcar diferencia es constitutivo de la acción política, pues una política del puro consenso hace que la gente pierda interés e involucramiento en ella (pues, ¿qué sentido tendría para una persona simpatizar o identificarse con un partido político si todos los partidos están de acuerdo en todo?).

4. Necesidad de identificar los debates paradigmáticos del conflicto político-cultural.

Los conflictos políticos no se dan de manera abstracta (ni los líderes de opinión ni la gente se pone a discutir acerca de los

asuntos "político-culturales", por ejemplo), sino que estos se organizan en torno a debates específicos; allí se ponen en juego distintas orientaciones y se intenta traducir los resultados de estos debates en nuevas regulaciones (leyes) y en nuevas políticas específicas (movilización gubernamental de recursos).

Del conjunto de debates políticos que se dan en una coyuntura histórica en un país, es posible distinguir someramente -a nivel de sentido común- debates económicos, sociales, político-institucionales, ecológicos y culturales. De entre estos últimos, a la hora de hacer un listado probablemente la gente identificaría (al menos) los siguientes:

Demandas de la mujer; educación; familia, divorcio; sexualidad; aborto; sida; "crisis moral"; libertad de expresión; pluralismo informativo; derecho a la diferencia étnico-cultural (pueblos indígenas); situación de las madres solteras; dignidad laboral; calidad de vida, etc.

¿Qué tienen en común todos estos temas de debate? ¿Qué es lo que hace que, en una primera aproximación, ellos puedan ser reunidos bajo la rúbrica de debates "político-culturales", antes que económicos, sociales, etc.? En otras palabras, ¿por qué son actuales o potenciales debates "político-culturales"?

Una primera respuesta posible a estas interrogantes: se trata de temas de debate político-cultural pues -cual más, cual menos- hacen referencia a las **instituciones sociales "encargadas" de la socialización o transmisión de la cultura** (valores, conocimientos, deseos de ser): (a) la familia, (b) la escuela / universidad y (c) los medios de comunicación de masas. (Así, por ejemplo, los debates del divorcio y el aborto refieren directamente a la familia; la libertad de expresión y de información a los medios de comunicación; la "educación" a la escuela / universidad). Ello implica, por una parte, presuponer que tras estos emergentes debates "culturales" se estarían expresando demandas sociales que la actual institucionalización de la familia, la escuela / universidad y los medios de comunicación (esto es, sus actuales reglas del juego) no estaría dando cuenta. Y, por otra parte, que tanto la familia, como la escuela / universidad y los medios de comunicación son los lugares privilegiados de expresión de la emergente fisura en la demanda político-cultural. Ahora bien, ¿de qué demandas se trata?

A falta de un estudio de opinión pública específico, digamos por ahora lo siguiente: si concordamos que el último tiempo los chilenos estamos inmersos -cual más, cual menos- en un importante proceso de **modernización** (sobre todo económico y político), y que la modernización trae consigo una afirmación de la **individualidad** por sobre las pertenencias tradicionales, probablemente la demanda cultural básica de la gente sea una **demandas por mayor libertad personal** para interpretar en el plano de la familia, la educación y los medios de comunicación

sus propias opciones valóricas: libertad para escoger el tipo de educación para los hijos, libertad para divorciarse o no divorciarse, libertad para escoger tal estilo de vida o tal otro, y rechazo, entonces, a que el "sistema" (político) tome las decisiones por él. Asimismo, lo anterior implica una mayor demanda por ampliar los grados de responsabilidad personal; demanda por ser reconocido como adulto en el plano ético y no como niño. Pues a mayor grados de libertad personal, mayores grados de responsabilidad personal.

La demanda ciudadana presupuesta hacia los líderes políticos no es tanto, entonces, para que estos fijen legislativamente lo que es correcto e incorrecto en el plano ético, sino más bien que los políticos regulen de tal manera que amplíen las posibilidades de decisión libre de las personas (de la sociedad civil) en lo que atañe a sus proyectos personales. Complementaria a esta demanda por libertad habría una mayor **demanda por (justicia en el) acceso al conocimiento**: para tomar decisiones valóricas de manera libre hay que estar informado, hay que saber que implica tal o cual decisión.

Una segunda respuesta posible a la pregunta acerca de qué hace que un determinado debate político se le reconozca el carácter de debate cultural: se trata de debates en que, de manera ejemplar, está en juego el reconocimiento mutuo de identidades (nacional, étnica, sexual, religiosa, idiomática, ... humana, etc.). En otras palabras, se trata de debates en que, de manera patente, **está en juego la dignidad** de las personas y de los actores políticos (lo que cada uno es). Dejaremos, por ahora, esta segunda vía exploratoria en suspenso, pendiente para un futuro documento.

5. Necesidad de identificar los adversarios políticos paradigmáticos del conflicto.

Identificar al adversario prioritario es clave en términos de eficacia de la comunicación política. ¿Quiénes son hoy, en Chile, los "conservadores" por antonomasia? En otras palabras, ¿quiénes son los que, en los debates político-culturales, se contraponen a la orientación progresista?

En términos generales, podríamos decir que son conservadores quienes le temen a la libertad, esto es, quienes ponen el énfasis en el acatamiento a la autoridad de la tradición (pero como no hay "la tradición" sino "las tradiciones", se trata de la afirmación de un particularismo que se quiere hacer pasar por "la verdad" universal).

Conservadores serían, entonces, quienes privilegian la condición de hijos obedientes al padre (llámese Ley, llámese Dios, llámese Tradición); progresistas serían, en cambio, quienes privilegian la condición de adulto, de ciudadano entre iguales, y que se atreven a pensar y decidir por sí mismos, en conciencia; a

relacionarse como adulto con la ley, la tradición y, eventualmente, con Dios, lo sagrado o trascendente. (Se trata, evidentemente, de una cuestión de énfasis, pues no por ser adulto se pierde la condición de hijo y no por ser hijo se cancela la posibilidad de ser adulto y, eventualmente, padre). Conservador sería quien pone el énfasis en la continuidad y preservación del orden heredado del pasado y progresista sería quien enfatiza la posibilidad de innovar, de cambiar, de reinterpretar el pasado para imaginar un futuro diferente, mejor. Los progresistas tienden a ser utópicos (sueñan futuros deseables), los conservadores tienden a ser pesimistas (leen la realidad como decadencia y degradación de una pureza original).

Ahora bien, es necesario articular la identificación de los "conservadores" en abstracto (lógicamente construidos) con los "conservadores" históricamente constituidos. Para ello hay que identificar a quiénes, en los debates político-culturales, se han opuesto más tenazmente a la ampliación de las libertades personales. En la mayor parte de estos debates (familia, sida, libertad de expresión, etc.), quienes han asumido actitudes conservadoras son los políticos adscritos ideológicamente al catolicismo ortodoxo; en particular, quienes militan o simpatizan con la UDI. Hay otros debates (en especial, aquellos relativos a la cuestión indígena) donde los conservadores son quienes están adscritos ideológicamente a concepciones nacionalistas ortodoxas. Hay ocasiones en que ambos componentes conservadores se superponen, pero no siempre ocurre así. En todo caso, es bastante evidente que en nuestro país ambos componentes tienen en común una adhesión al autoritarismo político que padecemos los chilenos en las últimas dos décadas. En este sentido, **el conservadurismo político-cultural puede ser considerado como la continuación del autoritarismo pero ahora en el terreno cultural** (del autoritarismo político al autoritarismo cultural).

No se trata de un conflicto izquierda / derecha, pues hay sectores de la derecha que en materias culturales afirman explícitamente una posición progresista (por su influjo liberal): es el caso, por ejemplo, de algunos grupos "renovados" de Renovación Nacional. A su vez, también en el Mida y la Concertación existen sectores, si bien minoritarios, que adhieren a visiones "conservadoras" en materia cultural.

6. Necesidad de traducir la oposición progresista/conservador, de cuño político-cultural, a otros ámbitos de debate público.

Si la oposición progresista/conservador opera espontáneamente al interior de los conflictos político-culturales, no sucede lo mismo en otros ámbitos de debate (como, por ejemplo, en el debate económico, político-institucional, ecológico o social). De ahí la necesidad de traducir la polaridad progresista / conservador a los debates y conflictos actualmente existentes en dichos ámbitos.

Por ejemplo, en los debates **político-institucionales**, parece haber al menos dos grandes oposiciones operando. Una en descenso -democracia / autoritarismo-, otra en ascenso -centralismo / descentralización. Probablemente, pronto emerja una tercera: presidencialismo / parlamentarismo. ¿Qué significa ser progresista en estos debates? Evidentemente: demócrata y descentralizador, ¿pero también "parlamentarista"? Quizás resulte útil introducir una oposición más englobadora: concentración / dispersión del poder. Dispersar (distribuir) el poder tanto a nivel del país (descentralización, regionalización) como a nivel del gobierno (semi-presidencialismo o parlamentarismo). Conservador sería así, en lo político institucional, quien le teme a la dispersión (distribución) del poder y progresista quien la favorece.

Por ejemplo, en los debates **sociales** las oposiciones comunes operantes dejaron de ser las de clase (proletario / capitalista), pero se mantiene vigente la dicotomía pobre / rico. De hecho, "el" tema político es aquí "la pobreza". A su vez, sin embargo, hay un par de oposiciones emergentes que se dan en términos de excluidos / integrados (a la sociedad, a la modernidad, etc.) y de autonomía / dependencia (del Estado). ¿En qué sentido la oposición progresista / conservador podría ser significativa en el ámbito de los conflictos y debates sociales? Probablemente, centrando los problemas de pobreza y de exclusión en el tema educacional: quien no tiene acceso a una educación apropiada no logrará salir del círculo vicioso de la pobreza, de la exclusión y de la dependencia del Estado (asistencialista). Ser progresista, en el ámbito del conflicto social, sería entonces afirmar que el conflicto social central es hoy el conflicto por el acceso al saber y al uso de las tecnologías, de modo de propender a la autodeterminación de la gente y a su espíritu de iniciativa en los distintos ámbitos de la vida social, en oposición al paternalismo estatal o privado. Ser conservador, en este contexto, sería entonces contentarse con una visión elitista y asistencialista con respecto al acceso al saber y a las tecnologías, y de la vida social en general.

A la vez, resulta prioritario mostrar las dimensiones propiamente sociales envueltas en los temas político culturales. Cuestiones como la situación de las madres solteras, el divorcio, el aborto y el sida, por ejemplo, no son cuestiones meramente "valóricas" -en un sentido abstracto-, sino problemas sociales donde se juegan de manera particularmente evidente opciones de principios; los "valores" son siempre "sociales". Asimismo, la integración de una persona a una familia (más allá de las distintas formas que esta pueda adquirir) no es una cuestión abstracta, pues marca decisivamente el grado de calidad de vida de la gente. Así, las demandas político-culturales por mayores grados de libertad personal no son un lujo, pues son también demandas propiamente sociales.

7. Necesidad de reinterpretar el pasado político a la luz de la oposición progresismo / conservantismo.

Apostar (interpretar) que la principal fisura política en Chile actual es la "político-cultural" implica, al mismo tiempo, reconocer en la historia política del país los avatares del desarrollo de la oposición progresista / conservador. En otras palabras, leer el presente y futuro en términos de la oposición antes señaladas implica asimismo leer el pasado del mismo modo, aún cuando históricamente tal conflicto haya estado subordinado (cubierto) por otros conflictos considerados entonces más relevantes. En particular, lo anterior abre la posibilidad de avanzar hacia un presente progresista apoyados en y enriquecidos por la tradición política progresista de nuestro país.

Es preciso reconocer a las principales figuras históricas del progresismo chileno (quienes, en la historia del Chile republicano, más se la jugaron en las luchas por la ampliación de las libertades personales) y reconocernos como sus herederos (por ejemplo: Camilo Henríquez, José Victorino Lastarria, Domingo Santa María, Luis Emilio Recabarren, Amanda Labarca, Pedro Aguirre Cerda, etc.). Al mismo tiempo, implica reconocer cuáles fueron las principales luchas (conflictos) en que el progresismo se ha expresado históricamente en nuestro país (por ejemplo: extensión de la educación; separación Iglesia/Estado; condiciones laborales dignas; derecho a voto de las mujeres; libertad de expresión, etc.)

Ahora bien, es posible reconocer importantes analogías entre el actual conflicto político-cultural entre progresistas y conservadores con la fisura básica de la segunda mitad del siglo XIX, clericalismo/anticlericalismo (que también puede ser entendido paradigmáticamente como un conflicto político-cultural, antes que económico, social, etc.). Pero el actual conflicto puede ser entendido como una repetición del conflicto del siglo XIX sólo en cuanto a que son de la misma naturaleza (político-cultural), pero no en sus contenidos mismos. Y ello, porque hoy -al contrario de lo que ocurría en el siglo pasado- muchos sectores católicos se reconocen como progresistas y, a la vez, hay también sectores anticlericales extremadamente conservadores (de hecho, hoy el "anticlericalismo" es un signo de conservadurismo).

8. Conclusiones preliminares.

En lo expuesto hasta aquí (puntos 1 a 7) han sido delineadas las orientaciones fundamentales para una comunicación pública coherente del PPD con su propia aspiración de ser (progresista).

Junto con sugerir la conveniencia de efectuar una indagación sistemática (con seguimiento en el tiempo) en torno a la imagen del PPD en públicos específicos y en la opinión pública en general, de manera de precaverse de eventuales tendencias

sobreideológicas o "autistas", es posible ya avanzar en la traducción de tales orientaciones en medidas específicas. A continuación nos limitaremos a enumerar **algunas** de las medidas de reorientación de la estrategia de comunicación política del PPD con el conjunto de la sociedad chilena:

- (1) organizar un escuchar privilegiado de los debates político-culturales;
- (2) efectuar alianzas estratégicas con expertos y líderes de opinión pertinentes;
- (3) efectuar reorientaciones institucionales pertinentes;
- (4) reorientar intervenciones públicas (y partidarias), enfatizando las dimensiones sociales de las demandas político-culturales y, a la vez, las dimensiones político-culturales de las demandas y conflictos sociales;
- (5) ligar las próximas campañas electorales a temas político-culturales relevantes;
- (6) crear vínculos regulares con organizaciones y movimientos sociales preferentemente involucrados en cuestiones político-culturales;
- (7) identificar y generar vínculos con los mediadores de opinión que vehiculan públicamente los debates político-culturales;
- (8) identificar con precisión los adversarios naturales del conflicto político-cultural (los "conservadores") e interpelarlos de manera regular y privilegiada.

Santiago, abril de 1993.